



Bohumil Hrabal

Personajes en un paisaje de infancia

Traducción del checo de Monika Zgustova



BOHUMIL HRABAL

Personajes en un paisaje de infancia

Traducción de
Monika Zgustova

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Postřižiny*
Traducción del checo: Monika Zgustova

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2021

© Bohumil Hrabal Estate, Zúrich, Suiza, 1976
© de la traducción: Monika Zgustova, 1991, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 8499-2021
ISBN: 978-84-18807-05-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Me gustan esos pocos minutos antes de las siete de la tarde, cuando con trapos y pelotas de papel de periódico –viejos números de *Política Nacional*– limpio los cilindros de cristal de los quinqués, rebaño con una cerilla las mechas ennegrecidas, luego vuelvo a colocar las pequeñas capuchas de hojalata y a las siete en punto llega el momento deseado en que las máquinas de la cervecería se paran, las revoluciones de la dinamo que manda la corriente eléctrica a todas las bombillas empiezan a moderarse y a medida que la electricidad disminuye se debilita la luz de las bombillas, poco a poco la luz blanca se convierte en rosa y la luz rosa, en gris, como si se filtrase a través de un tamiz de gasa y organdí, y por último los filamentos de wolframio dibujan en el techo unos raquíticos dedos rojizos, una clave de sol carmesí. Entonces enciendo la mecha, pongo el tubo, tiro de la lengüecita amarilla y coloco otra vez la pantalla de cristal esmerilado, adornada con rosas de porcelana. Me gustan esos pocos minutos antes de las siete de la tarde, me agrada levantar la cabeza y observar la luz que fluye de la bombilla como la sangre que se derrama de un gallo degollado, no quito los ojos de aquella rúbrica de corriente eléctrica que palidece y temo el día en que la cervecería quede conectada a la línea municipal, aquel día ya no se encende-

rán todos esos faroles en los establos, esas lámparas con espejitos redondos, esos quinqués ventrudos con mechas redondas, nadie apreciará su luz porque esta ceremonia se habrá sustituido por un interruptor al igual que los grifos reemplazaron las fuentes, con lo bonitas que eran. Los quinqués encendidos me enamoran, bajo su luz pongo la mesa, a su luz se abren los diarios y los libros, me gustan las manos iluminadas que descansan indolentes sobre el mantel, manos humanas separadas del cuerpo, que en la letra de sus arrugas exponen el carácter de su propietario, me encantan los faroles de gas que empuño para recibir a los visitantes, iluminándoles el rostro y el camino, los quinqués me gustan porque bajo su luz hago ganchillo y confeciono cortinas y sueño, me encanta que al apagarlos de un soplo violento exhalen ese olor tan fuerte que parece llenar la habitación con un reproche. Ojalá el día en que la electricidad llegue a la cervecería encuentre la fuerza suficiente para encender los quinqués por lo menos una vez por semana, quiero escuchar el susurro melódico de Lamarilla que dibuja profundas sombras y obliga a caminar con cautela y a perderse en la ensoñación.

En el despacho era Francin quien encendía dos panzudos quinqués con mechas redondas, uno en cada extremo de una gran mesa, que no paraban de refunfunar como dos carreteros, calentaban la habitación como un par de estufas y saboreaban el petróleo con mucho apetito. Las pantallas verdes de aquellas lámparas rechonchas recortaban casi como una regla las zonas de claridad y de sombra, de manera que mirando por la ventana siempre veía a Francin partido en dos: un Francin salpicado de vitriolo, otro abismado en la penumbra. Los quinqués de Francin, pequeñas máquinas de hojalata, provistos de un tornillo horizontal

que hacía esconder o salir la mecha, cestitos de hojalata de formidable tirada, absorbían tanto oxígeno a su alrededor que cuando Francin dejaba un cigarrillo cerca de ellos, las anillas de hojalata inhalaban por sus agujeros las cintas de humo azul; ese humo, una vez que penetraba en el círculo mágico de los panzudos quinqués, se veía despiadadamente engullido por el tiro del tubo de cristal, devorado por la llama que brillaba encima del pequeño sombrero con una luz verde como la que desprende un tuero en descomposición, o un fuego fatuo, un fuego de Santelmo, parecía el Espíritu Santo descendido en forma de pequeña llama violeta flotando sobre la grasa luz amarilla de la mecha redonda. Y a la luz de esos quinqués Francin apuntaba en los libros de la cervecería, abiertos delante de él, la cantidad de cerveza fabricada, las entradas y las salidas, escribía los informes semanales y mensuales que le permitían a finales de cada año hacer el balance de los doce meses pasados; las páginas de esos libros brillaban como pecheras almidonadas. Cada vez que Francin giraba la página, los dos quinqués ventrudos, irritados con cada movimiento hasta el punto de que amenazaban con apagarse, empezaban a chillar como un par de grandes pajarracos despertados súbitamente; de igual manera movían los quinqués con rabia sus cuellos alargados, proyectaban sobre el techo un juego de sombras, un jadeo incesante de animales antediluvianos; al mirar el techo, yo siempre vi en aquellos recortes de sombra las orejas de un elefante moviéndose como un abanico, tórax de esqueletos que se hinchaban y se deshinchaban, dos grandes falenas, fijadas con alfileres en el tronco de luz que se elevaba de los tubos directamente hacia el techo, donde encima de cada lámpara brillaba un espejito redondo que deslumbraba, una moneda de plata intensamente

iluminada que no paraba de moverse imperceptiblemente, expresando así el humor de cada uno de los quinqués. Cada vez que Francin giraba una página, volvía a inscribir en el encabezamiento los nombres y apellidos de los hosteleros. Entonces tomaba una pluma de dibujar del número tres y al igual que se solía hacer en los antiguos misales y en las proclamas solemnes, Francin dibujaba cada inicial con los más diversos ornamentos y con líneas infladas como velas, y cuando yo me sentaba en su despacho y desde mi rinconcito en la penumbra miraba sus manos emblanquecidas por los quinqués, tenía la impresión de que Francin dibujaba aquellas iniciales inspirándose en mis rizos, él miraba siempre mi cabello del que saltaban chispas, el espejo me decía que allí donde me hallaba por la noche, la calidad y la forma de mi cabellera aportaban una lámpara suplementaria. Con la pluma de dibujar Francin delineaba el contorno de las iniciales, luego tomaba las plumas corrientes y según el humor del momento las mojaba en tinta verde o azul o roja y dibujaba alrededor de las iniciales mi melena flotante y, como un rosal que trepa por una glorieta, Francin guarnecía las iniciales de los nombres y los apellidos de los hosteleros con toda una red, el ramaje de líneas de mi cabello. Después, cuando salía cansado del despacho, se detenía en el umbral, en la sombra, y yo me daba cuenta por los puños blancos de su camisa de lo rendido que estaba después de todo el día, y es que los puños le llegaban casi hasta las rodillas; a medida que pasaban las horas, Francin arrastraba más y más quebraderos de cabeza y contratiempos, tantos que por la noche se encogía diez centímetros, por no decir más. Y yo sabía que yo misma era su mayor quebradero de cabeza, que desde el día que me vio por primera vez me cargaba al cuello como una

mochila invisible y al mismo tiempo bien concreta y cada vez más pesada. Entonces cada noche nos deteníamos debajo del quinqué que colgaba de una cadena; la pantalla verde era tan grande que los dos nos metíamos debajo de ella como debajo de un paraguas, nos sumergíamos en un chaparrón de luz que, chapoteando, se derramaba del quinqué; yo con una mano abrazaba a Francin y con la otra acariciaba su nuca; él mantenía los ojos cerrados y respiraba profundamente, una vez calmado me enlazaba la cintura, de manera que debíamos de parecer una pareja a punto de echarse a bailar, pero lo nuestro era algo más, era una especie de baño purificador durante el cual Francin me iba susurrando todo lo que le había pasado durante el día, y yo no paraba de acariciarlo y cada movimiento de mi mano alisaba alguna arruga, luego él acariciaba mi pelo suelto; cada vez bajaba más la lámpara de porcelana, a su alrededor colgaban pequeños tubos de cristal multicolor, unidos con perlas de cristal, al lado de nuestras orejas, aquella cortina de cristal crujía como los colgantes de una bailarina de los siete velos, a veces tenía la impresión de que aquel gran quinqué era un sombrero de cristal que llevábamos calado hasta las orejas, un sombrero adornado con una lluvia de carámbanos con las puntas cortadas... Y cuando conseguía ahuyentar la última arruga de la cara de Francin, cuando la más pequeña arruga se escondía en el pelo o detrás de las orejas, él abría los ojos, se incorporaba, los puños de la camisa volvían a colocarse a la altura de las caderas, y me miraba con unos ojos llenos de dudas y, cuando me veía sonreír y menear la cabeza, él también sonreía y luego bajaba la vista, se sentaba a la mesa, más animado me volvía a observar, miraba dentro de mí y yo dentro de él y así podía ver el gran poder que tenía sobre él, mi

mirada le hechizaba como la de una pitón fijada en un pinzón aterrado.

Esa noche en la oscuridad del patio relinchó un caballo, una y otra vez, y se oyó el chapoteo de las pezuñas, el tintineo de las cadenas y los cascabeles; Francin se incorporó y prestó atención, yo cogí una linterna, salí al pasillo y, una vez abrí la puerta, en la oscuridad se oyeron los gritos del cochero de la cervecería: «¡Arre, *Ede!* ¡Arre, *Kare!*», pero no había nada que hacer, los castrados belgas salieron disparados del establo; uno diría que esos caballos que vuelven reventados después de toda la jornada de trajinar cerveza, una vez desenganchados del carro y a punto de sacarles los arreos y los tirantes que les cuelgan de la collar bordada, que esos sementales castrados tendrían que pensar en poco más que en la paja, en un comedero lleno de cebada y en una ración de avena; pues no, ese par de caballos, cuatro veces al año, recordaban de golpe sus años de potros, su magnífica juventud, llena de glándulas aún poco desarrolladas, pero glándulas de todas maneras, se resistían, se alzaban en pequeña rebelión y al volver al establo, durante aquellas noches oscuras se hacían una señal y se desbocaban; eso es lo que decía la gente, pero de hecho ellos no se desbocaban, sencillamente no habían olvidado que ahora y siempre y hasta el último momento, incluso un animal puede elegir el camino de la libertad... Así que se precipitaron a lo largo de las barracas, sus cascos hacían saltar chispas en la calle pavimentada, la linterna al pecho del caballo de la derecha bailaba una zarabanda endiablada, iluminando los arreos que flotaban en el aire y las riendas rotas, yo me incliné por la ventana para contemplar a través de la luz dulce de la linterna cómo galopaba aquella pareja de caballos belgas grandes, enormes, *Ede* y *Kare*,

que juntos pesaban dos toneladas y media, aquella pareja zumbante, disparada, cuya carrera hacía temer una caída, y la caída de un caballo significaba también la caída del otro porque iban uncidos con los arreos, las correas de cuero y las riendas, pero parecía como si se comunicaran en aquella carrera loca, uno hacía desbocar al otro y ninguno de ellos adelantó al otro en más de un par de centímetros... Y detrás de ellos corrió el desesperado cochero con un látigo, el cochero estaba muerto de miedo porque si uno de los caballos se hubiera roto las piernas la administración de la cervecería le iría deduciendo esa pérdida del salario durante años y años... y perder ambos caballos significaría tener que pagarlos hasta el final de su vida... «¡Arre, *Ede!* ¡Arre, *Kare!*», pero la pareja corría a matacaballo contra el viento a lo largo de los almacenes de malta, ahora sus cascos pisaron blandamente el camino lleno de barro al lado de la chimenea y el germinador, aquí los caballos moderaron el paso, pero una vez sobre el pavimento empedrado delante de las cuadras volvieron a emprender una marcha feroz y en el pasaje cementado iluminado por los abismos rectangulares de las entradas alumbradas por los quinqués, en aquel pasaje en el que cada arreo que se arrastraba por el suelo hacía saltar chispas, corrieron los dos belgas, pero ya no en carrera sino en una caída frenada, nubes de humo les salían por las narices, tenían los ojos desorbitados y llenos de miedo y delante de las oficinas, allí donde el camino hace una curva, resbalaron sobre la acera de cemento; parecía una película cómica si no hubiera sido por el cochero petrificado de horror viendo cómo se deslizaban los caballos sobre los cascos traseros. Y Francin se precipitó hacia la puerta donde estaba yo, apoyada en el marco y rezando para que no les pasara nada a aquellos pobres animales. Ya

sabía que su aventura no dejaba de ser también, de alguna manera, la mía; pero *Ede* y *Kare* se recobraron y se lanzaron contra el viento que circula entre los almacenes de malta, los cascos se movían silenciosos en el barro blando que se extiende a lo largo del germinador, y otra vez se hicieron una señal y por tercera vez salieron disparados, el cochero se apartó de ellos de un salto y, al tirar de las riendas de uno de los caballos, la linterna salió volando contra la pared de la lavandería, dibujando un semicírculo. El ruido de la rotura reanimó a los belgas que relincharon, primero uno, después otro, ambos al mismo tiempo, embalándose por la acera de cemento... y yo no quité los ojos de encima a Francin porque sentía como si fuera yo, encarnada en la pareja de caballos belgas, que aquel temperamento rebelde era mío, que yo también necesitaba hacer alguna locura una vez al mes, a mí también de vez en cuando me entraba la manía de la libertad, a mí que no estaba ni castrada, todo lo contrario, gozaba de buena salud, a veces hasta demasiada... y Francin me miró y lo vio, vio que aquella pareja de caballos belgas desbocados, con las crines rubias ondeando en el aire y las largas colas flotando en el viento tras sus cuerpos marrones, era yo misma, no tanto yo como mi temperamento, mi melena de oro encabritada que volaba a través de la noche como boca de lobo, mi cabello que flotaba en libertad..., y me aparté y vi a Francin de pie con los brazos separados en el túnel de luz y cómo los estiró al encuentro de los caballos gritando: «¡Idudududu! ¡So!», y los belgas frenaron, haciendo saltar chispas debajo de los cascos. Francin se apartó de un salto y cogió al caballo de la derecha por la brida, estirándola y hundiéndola dentro de la boca llena de espuma del animal y los caballos se calmaron, los arreos y las riendas de los arneses cayeron al suelo,

el cochero vino corriendo para agarrar al caballo de la izquierda por la brida... «Señor gerente...», balbuceó el cochero. «Fregadlos con paja, obligadlos a caminar por el patio... cuarenta mil coronas vale esta pareja, ¿entiende, señor Martin?», dijo Francin y entró en casa como uno de los soldados húngaros entre los que sirvió en la época imperial austrohúngara y, si yo no me hubiera apartado, me habría hecho caer, me habría pasado por encima... Y entonces desde la oscuridad se oyeron los golpes de látigo y el relinchar de los caballos belgas, los insultos y los golpes del mango del látigo, después los saltos de los caballos en la penumbra y el chasquido del largo látigo que se enrollaba alrededor de las patas de los belgas y les desollaba la piel.